

## **“ESPUMA DE MAR”**

SEUDONIMO: MAILEN

AUTOR: Olga Mabel Sierra

PAIS: Argentina

Atiendo el teléfono y escucho la voz de mi hermana, que llega a través de las fronteras. Por primera vez, desde que me fui, preferiría el silencio. Pero eso no es posible y debo aceptar la ineludible noticia: Tía María ha muerto.

Dejo el teléfono abandonado sobre la mesa y me quedo mirándolo un instante, mi nexa con todo lo que fui se esconde en esa caja negra. La tristeza avanza sinuosa y las lágrimas inundan mis ojos. Me falta un pedazo de la historia y aunque lo intente, no puedo asirla, apenas dibujar el recorrido posible, imaginar los momentos, el devenir de los hechos.

Desde mi ventana contemplo el pueblo, las casas de madera, los patios donde se extienden las redes de los pescadores. La vida se despliega sin culpas por los que se han ido. Los niños de la casa amarilla juegan en la calle tranquila. Las hojas, también amarillas, se desprenden de los árboles y caen sobre las veredas. A pesar de la belleza, es dura la tarea de sobrevivir entre gentes desconocidas, una lengua diferente, un horizonte que nunca termina.

Los fines de semana nos reuníamos en casa de tía Ester. El jardín era grande y hermoso. Recuerdo especialmente las dalias y una rosa china que se elevaba sobre un enrejado al lado de una ventana. También había árboles frutales. Mandarinas, duraznos, higos y quinotos. Y cerca de la casa estaba el pino. Un árbol antiguo, con un tronco gigantesco, cuyas ramas altas formaban un cono perfecto que se perdía de vista en lo alto, poblado de piñas doradas y ruidoso de pájaros. Bajo su sombra se armaba la mesa los

domingos de las reuniones familiares. En ese paraje resinoso y aromático compartíamos la comida, las historias, las risas.

Tía María era la única soltera de las cuatro hermanas y mientras Amalia, Ester y Olga se dedicaban a los preparativos del almuerzo y nuestro padre y tío Leo tomaban un aperitivo e iniciaban sus típicas discusiones sobre política, ella se alejaba con su falda amplia entre el follaje y los niños la seguíamos, listos para experimentar la emoción de la aventura. Porque la magia de tía María eran sus palabras. Con ellas creaba belleza, curaba dolores, acercaba y alejaba el miedo. Sus palabras construían laberintos, cavernas, castillos, puentes. Sentados en el pasto, al calor del sol, escuchábamos sus cuentos y en cada uno volábamos un poco más allá, hacia la intangible región de la fantasía, desde la que volvíamos agitados y radiantes.

Los niños en la calle están peleando, tal vez por el turno para patear la pelota. Me conocen, sienten curiosidad por la extranjera de la vecindad y a veces investigan mi origen o mi idioma. Cuando los observo desde la ventana me saludan. Pero no ahora. No me ven. Toda su verdad se centra en este instante. La vida se acumula en ese juego. La emoción de sentir que lo que hacen es importante, los separa del afuera. Pienso: son felices.

No puedo quedarme en la casa. Me ahoga la nostalgia, por eso salgo en búsqueda de la voz del mar, la que desde siempre restaña las heridas. Camino hacia la playa con pasos lentos, envuelta en un manto que me protege del aire fresco. La brisa trae vestigios de sal, el humo azul-grisáceo de las chimeneas se eleva entre los colores dorados del otoño y las visiones llegan en oleadas. Ella ya no caminará descalza sobre el pasto, como le gustaba. No volverá a llorar o a reír, ni a discutir sobre las cosas que consideraba injustas. No resonará su voz aguda y penetrante en la siesta de la tarde, trayendo una nueva historia.

Me pregunto cuándo mueren los instantes, cuando ya pasaron, o cuando no hay quien los recuerde.

Hubo muchos veranos bajo el pino y muchos inviernos frente al hogar alimentando el fuego. El pasar del tiempo fue cumpliendo su misión transformadora y a veces insensible. Tía Ester y su familia se mudaron a otra casa y aquella, la de nuestra infancia, quedó vacía. Las reuniones continuaron en la vivienda nueva, sin embargo, las cosas cambiaron, poco a poco, de forma casi imperceptible. Los chicos crecimos y emprendimos nuevos caminos. Olga, mi madre, tuvo una larga enfermedad. Amalia se retrajo en su viudez. María se alejó suavemente, como una pequeña barca rumbo al horizonte. Mientras tanto el pino, fuerte y majestuoso, continuó agitando sus ramas en el viento, proyectando su sombra en verano, regalando sus piñas castañas. Y un día, todo había terminado. El jardín, los cuentos, el misterio, la niñez. Nos pasó a todos, nos hundimos, casi sin notarlo, en la soledad del desencuentro. Nos dejamos ir por la vida sin comprender que a pesar de las distancias y las diferencias, las raíces se quedan para siempre con nosotros.

Camino sobre la arena blanda donde la espuma deja sus huellas, apartándose cada vez atraída por su propio destino, que es también el de siempre regresar. El constante llegar y alejarse del mar se lleva mis pensamientos hasta una niñez erguida sobre historias infinitas. De pronto es mediodía y brilla el sol, estamos sentados sobre el pasto y tía María, moviendo sus manos en el aire, nos acerca el misterio. Héroes y heroínas en lucha contra la maldad y la injusticia, o en búsqueda de objetos maravillosos, a través de bosques encantados y comarcas desconocidas habitadas por seres fantásticos.

Me digo: al ayer nunca se regresa. Pero no podemos dejar que todo se pierda. Quiero aferrar los instantes pasados y darles la vida de la historia. Impedir que los villanos destruyan los palacios de cristal, las alas invisibles, el poder de la memoria.

El aire frío del atardecer me aleja de la playa. Estoy por abrir la puerta y oigo las voces de los chicos. Siguiendo un impulso me acerco a ellos y pregunto en la lengua que ya aprendí:

-¿Quién quiere un cuento?

-Yo! –Yo! –Yo también!

Me siento en el escalón de la entrada y los pequeños, los que eligieron escuchar, se acomodan en la vereda. Por un momento cierro los ojos. Estoy bajo el pino, huelo su aroma, escucho los rumores de la brisa en las ramas. Luego miro a los niños, el brillo en sus ojos, el deseo que palpita escondido a la espera de las palabras que crearán la magia, la infinita posibilidad de nuevos sueños y comienzo:

-Había una vez ...